

□ Tiempo de lectura: 6 min.

Los sueños misioneros de Don Bosco, sin anticipar el curso de los acontecimientos futuros, tenían el sabor de predicciones para el ambiente salesiano.

Los sueños misioneros de 1870-1871 y sobre todo los de la década de 1880 contribuyeron también en no poca medida a que Don Bosco prestara atención al problema misionero. Si en 1885 invitaba a la prudencia a monseñor Juan Cagliero: “no hagáis mucho caso de los sueños” sino “sólo si son moralmente útiles”, el mismo Cagliero que partió a la cabeza de la primera expedición misionera (1875) y futuro cardenal, los juzgaba como meros ideales a perseguir. Otros salesianos, en cambio, y sobre todo Don Santiago Costamagna, misionero de la tercera expedición (1877) y futuro inspector y obispo, los entendían como un itinerario a seguir casi obligatoriamente, hasta el punto de pedir al secretario de Don Bosco, Don Juan Bautista Lemoyne, que le enviara las actualizaciones “necesarias”. A su vez, el P. José Fagnano, también misionero de la primera hora y futuro Prefecto Apostólico, los veía como la expresión de un deseo de toda la Congregación, que debía sentirse responsable de llevarlos a cabo encontrando los medios y el personal. Por último, el P. Luis Lasagna, misionero que partió con la segunda expedición en 1876, y también futuro obispo, los veía como una clave para conocer al futuro salesiano en misión. Don Alberto Maria De Agostini, entonces en la primera mitad del siglo XX, emprendería personalmente peligrosas e innumerables excursiones a Sudamérica siguiendo la estela de los sueños de Don Bosco.

Como quiera que se entiendan hoy, el hecho es que los sueños misioneros de Don Bosco, aunque no anticiparan el curso de los acontecimientos futuros, tenían el sabor de predicciones para el ambiente salesiano. Dado que estaban desprovistos de significados simbólicos y alegóricos y, en cambio, eran ricos en referencias antropológicas, geográficas, económicas y ambientales (se habla de túneles, trenes, aviones...) constituían un estímulo para la acción de los misioneros salesianos, tanto más cuanto que su realización real podía ser verificada. En otras palabras, los sueños misioneros orientaron la historia y esbozaron un programa de obra misionera para la sociedad salesiana.

La llamada (1875): un proyecto inmediatamente revisado

En los años setenta, un notable intento de evangelización estaba en marcha en América Latina, gracias sobre todo a los religiosos, a pesar de las fuertes tensiones entre la Iglesia y cada uno de los Estados liberales. A través de contactos

con el cónsul argentino en Savona, Giovanni Battista Gazzolo, Don Bosco se ofreció en diciembre de 1874 a proporcionar sacerdotes para la *Iglesia de la Misericordia* (la iglesia de los italianos) en Buenos Aires, a petición del Vicario General de Buenos Aires Monseñor Mariano Antonio Espinosa y aceptó la invitación de una Comisión interesada en un internado en San Nicolás de los Arroyos, 240 km al noroeste de la capital argentina. En realidad, la sociedad salesiana -que por entonces incluía también a la rama femenina de las Hijas de María Auxiliadora- tenía como primer objetivo la atención de la juventud pobre (con catecismos, escuelas, internados, hospicios, oratorios festivos), pero no excluía extender sus servicios a todo tipo de ministerios sagrados. Así que a finales de 1874 Don Bosco no ofrecía nada más de lo que ya se hacía en Italia. Además, las Constituciones Salesianas, aprobadas definitivamente en el mes de abril anterior, justo cuando se llevaba años negociando fundaciones salesianas en “tierras de misión” no europeas, no contenían ninguna mención a posibles *missiones ad gentes*.

Las cosas cambiaron en pocos meses. El 28 de enero de 1875, en un discurso a los directores, y al día siguiente a toda la comunidad salesiana, incluidos los muchachos, Don Bosco anunció que las dos peticiones mencionadas en Argentina habían sido aceptadas, después de que se hubieran rechazado peticiones en otros continentes. También informó que “las Misiones en Sudamérica” (que en estos términos nadie había ofrecido realmente) habían sido aceptadas en las condiciones solicitadas, sujetas sólo a la aprobación del Papa. Don Bosco con un golpe maestro presentaba así a salesianos y jóvenes un apasionante “proyecto misionero” aprobado por Pío IX.

Inmediatamente comenzó una febril preparación de la expedición misionera. El 5 de febrero su carta circular invitaba a los Salesianos a ofrecerse libremente para tales misiones, donde, aparte de algunas zonas civilizadas, ejercerían su ministerio entre “pueblos salvajes esparcidos por inmensos territorios”. Aunque había identificado la Patagonia como la tierra de su primer sueño misionero -donde crueles salvajes de zonas desconocidas mataban a los misioneros y, en cambio, acogían a los salesianos-, tal plan para evangelizar a los “salvajes” iba mucho más allá de las peticiones recibidas de América. El arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros, ciertamente no era consciente de ello, al menos en aquel momento.

Don Bosco procedió con determinación a organizar la expedición. El 31 de agosto comunicó al Prefecto de *Propaganda Fide*, el cardenal Alessandro Franchi, que había aceptado la dirección del colegio de S. Nicolás como “base de las misiones” y que, por tanto, solicitaba las facultades espirituales que suelen concederse en estos casos. Recibió algunas de ellas, pero no recibió ninguna de las

subvenciones económicas que esperaba porque Argentina no dependía de la Congregación de *Propaganda Fide*, ya que con un arzobispo y cuatro obispos no se consideraba “tierra de misión”. ¿Y la Patagonia? ¿Y Tierra del Fuego? ¿Y las decenas y decenas de miles de indios que viven allí, a dos, tres mil kilómetros, “en el fin del mundo”, sin ninguna presencia misionera?

En Valdocco, en la iglesia de María Auxiliadora, durante la famosa ceremonia de despedida de los misioneros el 11 de noviembre, Don Bosco se detuvo en la misión universal de salvación confiada por el Señor a los apóstoles y, por tanto, a la Iglesia. Habló de la escasez de sacerdotes en Argentina, de las familias de emigrantes que se habían suscrito y de la labor misionera entre las “grandes hordas de salvajes” en la Pampa y en la Patagonia, regiones “que rodean la parte civilizada” donde “ni la religión de Jesucristo, ni la civilización, ni el comercio han penetrado todavía, donde los pies europeos no han dejado hasta ahora ningún vestigio”.

Trabajo pastoral para los emigrantes italianos y luego *plantatio ecclesiae* en la Patagonia: éste fue el doble objetivo original que Don Bosco dejó a la primera expedición. (Extrañamente, sin embargo, no hizo mención de los dos lugares precisos de trabajo acordados al otro lado del Atlántico). Unos meses más tarde, en abril de 1876, insistiría don Cagliero en que “nuestro objetivo es intentar una última expedición a la Patagonia [...] tomando siempre como base el establecimiento de colegios y hospicios [...] en las cercanías de las tribus salvajes”. Lo repetiría el 1 de agosto: “En general, recordad siempre que Dios quiere nuestros esfuerzos hacia la Pampa y hacia los Patagones, y hacia los niños pobres y abandonados”.

En Génova, al embarcar, entregó a cada uno de los diez misioneros -entre ellos cinco sacerdotes- veinte recuerdos especiales. Los reproducimos:

RECUERDOS A LOS MISIONEROS

1. Buscad almas, pero no dinero ni honores ni dignidad.
2. Emplead la caridad y la mayor cortesía con todos, pero evitad la conversación y la familiaridad con personas del sexo opuesto o de conducta sospechosa.
3. No hacer visitas sino por razones de caridad y necesidad.
4. No aceptar invitaciones a comer salvo por motivos muy graves. En tales casos asegúrate de que sean dos.
5. Cuidad especialmente de los enfermos, los niños, los ancianos y los pobres, y te ganarás la bendición de Dios y la buena voluntad de los hombres.
6. Rindan homenaje a todas las autoridades civiles, religiosas, municipales y

gubernamentales.

7. Si te encuentras con alguna persona de autoridad en la calle, procura saludarla obsequiosamente.

8. Haz lo mismo con las personas eclesiásticas o adscritas a institutos religiosos.

9. Huye de la ociosidad y de las cuestiones. Mucha sobriedad en la comida, la bebida y el descanso.

10. Amar, temer y respetar a las demás órdenes religiosas y hablar siempre bien de ellas. Así conseguirán que todos te estimen y promoverás el bien de la congregación.

11. Cuida tu salud. Trabaja, pero sólo lo que te permitan tus propias fuerzas.

12. Que el mundo sepa que sois pobres en vestidos, en comida, en viviendas, y seréis ricos a los ojos de Dios y llegaréis a ser dueños de los corazones de los hombres.

13. Amaos unos a otros, aconsejaos unos a otros, corregíos unos a otros, pero nunca os guardéis envidia ni rencor, sino que el bien de uno sea el bien de todos; que las penas y sufrimientos de uno sean considerados como penas y sufrimientos de todos, y que cada uno se esfuerce por eliminarlos o al menos mitigarlos.

14. Observad vuestras Reglas, y no olvidéis nunca el ejercicio mensual de la buena muerte.

15. Encomendad a Dios todas las mañanas las ocupaciones del día especialmente las confesiones, escuelas, catecismos y sermones.

16. Encomienda constantemente tu devoción a Nuestra Señora y a Jesús Sacramentado.

17. Recomendar a los jóvenes la confesión y comunión frecuentes.

18. Para cultivar la vocación eclesiástica, inculcar 1. el amor a la castidad, 2. el horror al vicio opuesto, 3. la separación de los díscolos, 4. la comunión frecuente, 5. la caridad con signos de especial bondad y benevolencia.

19. En los asuntos contenciosos se debe escuchar a ambas partes antes de juzgar.

20. En nuestros trabajos y sufrimientos no olvidemos que tenemos una gran recompensa preparada para nosotros en el cielo.

Amén.